



puerta de la casa donde estaba su señor, y cayó allí. Cuando fué ya de día, levantóse el marido y abrió la puerta para continuar el camino comenzado, y hé aquí que su mujer yacía delante de la puerta con las manos tendidas sobre el umbral, á la que él, creyéndola dormida, le decía: «Levántate y vamos.» Pero como ella no respondiese, hallando que estaba muerta, tomóla y cargóla sobre su asno y volvióse á su casa. Apenas hubo entrado en ella, tomó un cuchillo, y dividiendo el cadáver de su mujer con sus huesos en doce partes, enviolas á todos los términos de Israel. Y cuando esto vieron, cada uno exclamó diciendo: «Jamás se ha visto una cosa tal en Israel desde el día en que subieron de Egipto nuestros padres hasta este tiempo; decid lo que os parece, y de comun acuerdo resolved qué es lo que se debe hacer en este caso (1).» Salieron, pues, todos los hijos de Israel y se congregaron á una como si fuera un solo hombre desde Dan hasta Bersabée y la tierra de Galaad, para consultar al Señor en Masfa (2). Habia varios lugares de este nombre. Este no se hallaba lejos de Siló, donde estaba entonces el tabernáculo y el arca de la alianza, y donde naturalmente acudia asamblea tan numerosa. Allí, pues, se presentaron todos los jefes del pueblo y todas las tribus que componian la asamblea del pueblo de Dios, en número de cuatrocientos mil hombres armados. En el desierto se contaban hasta seiscientos mil. Esto explica cómo entonces todos los hombres eran aptos para la guerra, muy al contrario de lo que hoy hubiera sucedido, teniendo que guardar todas las provincias, cultivar los campos y defender el país contra las invasiones del exterior. Los hijos de Benjamin supieron que los de Israel habian subido á Masfa. Llegados, pues, allí, estos dijeron al levita: «Habla y explicanos cómo se ha cometido este crimen.» El levita, marido de la mujer que habia sido muerta, respondió: «Llegamos á Gabaa, en la tribu de Benjamin, yo y mi mujer, con objeto de pasar allí la noche, cuando unos hombres de aquella ciudad

(1) Judic., 19, 13-30.

(2) Ibid., 20, 1.

cercaron de noche la casa, donde posaba, con designio de matarme, y despues de haber ultrajado á mi mujer con una furiosa é increíble lascivia, por último murió. Y tomándola yo, la dividí en trozos y enviélos á todos los términos de vuestra posesion, porque nunca se ha cometido en Israel una maldad tan grande ni un exceso tan abominable. Presentes estais aquí todos los hijos de Israel; resolved lo que debeis hacer.» Y todo el pueblo, estando en pié, respondió como si hablara por boca de un solo hombre: «No nos retiraremos á nuestras tiendas, ni entrará ninguno en su casa, hasta que de comun acuerdo ejecutemos esto contra Gabaa. Escójanse diez hombres de cada ciento de todas las tribus de Israel, y ciento de mil, para que lleven viveres al ejército y podamos pelear contra Gabaa de Benjamin y darle el pago que merece por su maldad.» Y se reunió todo Israel contra esta ciudad como si fuera un solo hombre, con un mismo designio y con la misma resolucion (1).»

Y enviaron mensajeros á toda la tribu de Benjamin para decirle: «¿Cómo se ha cometido entre vosotros maldad tan detestable? Entregad los hombres de Gabaa que cometieron este crimen, para que mueran y sea quitado el mal de Israel. Los benjamitas no quisieron dar oídos al mensaje de sus hermanos los hijos de Israel, sino que acudieron á Gabaa de todas las ciudades que eran de su suerte, para darles socorro y pelear contra todo el pueblo de Israel. Y fueron contados veinticinco mil benjamitas que sacaban espada, sin los moradores de Gabaa, que eran setecientos hombres muy esforzados y que peleaban igualmente con la izquierda que con la derecha, y tan certeros en tirar piedras con la honda, que podian dar en un cabello, sin que el golpe de la piedra torciese á otra parte. Y de la gente de Israel, sin los hijos de Benjamin, fueron contados cuatrocientos mil hombres que sacaban espada y á punto de pelea. Los cuales levantándose vinieron á la casa de Dios, esto es, á Silo, y consultaron al Señor, y dijeron: «¿Quién será el caudillo de nuestro ejército para pelear contra

(1) Judic., 20, 2, 11.



los hijos de Benjamin?» A los cuales respondió el Señor: «Judá sea vuestro caudillo.» Y levantándose luego de mañana los hijos de Israel, acamparon cerca de Gabaa. Y avanzando desde allí para pelear contra Benjamin, comenzaron á atacar la ciudad. Mas saliendo de Gabaa los hijos de Benjamin, mataron en aquel día veintidos mil hombres de los hijos de Israel. Los hijos de Israel, confiados en su valor y en su número, ordenaron de nuevo el ejército en el mismo lugar en que antes habian combatido. Pero fueron antes á llorar delante del Señor hasta la noche, y á consultarle y decirle: «¿Debemos salir otra vez á pelear contra los hijos de Benjamin, nuestros hermanos, ó no?» El Señor les respondió: «Subid contra ellos y trabad combate.» Y habiéndose movido los hijos de Israel el día siguiente para pelear contra los hijos de Benjamin, salieron los hijos de Benjamin de las puertas de Gabaa; y viniendo á su encuentro, hicieron en ellos una mortandad tan grande, que derribaron en tierra diez y ocho mil hombres que sacaban espada. Por lo cual todos los hijos de Israel vinieron á la casa de Dios, y sentados, lloraban delante del Señor; y ayunaron aquel día hasta la tarde, y le ofrecieron holocaustos y hostias pacificas, y le consultaron sobre su estado. En aquel tiempo estaba allí el arca de la alianza de Dios, y Finées, hijo de Eleazar, hijo de Aaron, presidia en la casa. Consultaron, pues, al Señor, y dijeron: «¿Debemos salir aún á pelear contra los hijos de Benjamin, nuestros hermanos, ó estamos quietos?» A los cuales respondió el Señor: «Salid, porque mañana los pondré en vuestras manos.» Y los hijos de Israel pusieron emboscadas al rededor de la ciudad de Gabaa. Y esta tercera vez formaron el ejército en batalla contra Benjamin, como la primera y la segunda. Mas los hijos de Benjamin salieron tambien osadamente de la ciudad y fueron siguiendo largamente el alcance de sus contrarios, que huian; de manera que hirieron á algunos de ellos como el primero y segundo día, y mataron como unos treinta hombres de los que iban huyendo, por dos veredas que iban, la una á Bethel y la otra á Gabaa; porque creyeron que los iban acuchillando como solian. Mas ellos, fingiendo

con arte que huian, formaron el designio de apartarlos de la ciudad, y, como en retirada, llevarlos á las dichas veredas. Entonces saliendo todos los hijos de Israel de sus puestos, se ordenaron en batalla en un sitio llamado Baalthamar. Los que estaban en celada al rededor de la ciudad, comenzaron tambien á dejarse ver poco á poco y á adelantarse por la parte occidental de la ciudad. Y asimismo los otros diez mil hombres del ejército de Israel desafiaban á los moradores de la ciudad para que saliesen al combate. Y se empeñó la accion contra los hijos de Benjamin; y no entendieron que por todas partes tenian sobre sí la muerte. Y el Señor los hirió delante de los hijos de Israel, y mataron de ellos aquel día veinticinco mil y cien hombres, todos gente de guerra y que sacaban espada. Mas los hijos de Benjamin, viendo que iban de vencida, comenzaron á huir. Lo que advertido por los hijos de Israel, les hicieron lugar para que huyeran y vinieran á dar en las celadas que tenian puestas junto á la ciudad. Y estos, saltando de repente en las emboscadas, y volviendo Benjamin las espaldas á los que los acuchillaban, entraron en la ciudad, y la pasaron á filo de espada. Y habian dado por señal los hijos de Israel á los que habian puesto en celada, que luego que se hiciesen dueños de la ciudad encendiesen fuego para darles aviso de que la habian tomado con el humo que subiria á lo alto. Entonces los que antes habian fingido huir, haciendo ya frente, resistian con más vigor. Lo cual visto por los hijos de Benjamin, volvieron las espaldas huyendo. Y comenzaron á ir al camino del desierto, persiguiéndolos aún hasta allá los enemigos. Y cortáronlos tambien los que habian incendiado á la ciudad. Y así acaeció que por una y otra parte eran acuchillados por los enemigos, y perecian sin tener acogida: cayeron muertos y quedaron tendidos por el suelo á la parte oriental de la ciudad de Gabaa. Diez y ocho mil hombres fueron muertos en aquel lugar, todos hombres de guerra muy valientes. Lo cual cuando vieron los benjamitas que habian quedado, huyeron al desierto y se encaminaban á la peña llamada de Remnon. Y como se hallaban desordenados, y huian disper-



sos, mataron también en aquella huida cinco mil hombres. Y pasando adelante, fueron siguiendo su alcance, y pasaron aún á cuchillo otros dos mil. Y así todos los de Benjamin, que murieron en diversos lugares, fueron veinticinco mil hombres de guerra, muy diestros en el manejo de las armas. Por lo cual de toda la gente de Benjamin no quedaron sino seiscientos hombres, que pudieron escapar y guarecerse en el desierto, y se estuvieron cuatro meses en la Peña de Remnon. Y los hijos de Israel, vueltos del combate, pasaron á cuchillo el resto de la ciudad, desde los hombres hasta las bestias, y todas las ciudades y aldeuelas de Benjamin fueron consumidas por la voracidad de las llamas (1).

Pero bien presto, aunque ya muy tarde para la desgraciada tribu, sobrevino en ellos el pesar de aquel terrible abuso de victoria. Los hijos de Israel, vueltos á Silo, se animaron de otros sentimientos con la contemplación del santo tabernáculo. En prueba de su tristeza, pusieron en la presencia de Dios hasta la tarde, levantando su compungida voz y llorando á grandes gritos, «¿Por qué, decían, por qué ¡oh Jehová! Dios de Israel, ha caído sobre tu pueblo tan grande desgracia, que ya hoy ha sido arrancada de nosotros una de las tribus? Nuestra es la falta.» Dios les había prometido la victoria, pero no les había mandado que abusasen de ella. Lo que más aumentaba su pena era que en la asamblea de Masfa habían hecho juramento entre ellos de no dar sus hijos en matrimonio á ningún benjamita. Y levantándose al día siguiente al venir el alba, erigieron un altar y ofrecieron holocaustos y víctimas de paz. La vista de este culto común á todas las tribus, volvió á renovar su dolor. Movidos de piedad para con Benjamín, su hermano, los hijos de Israel dijeron nuevamente: «Desgraciados de nosotros, porque ha desaparecido una tribu á nuestra vista; ¿qué haremos nosotros para dar mujeres á los que han quedado de ella, habiendo jurado ante el Eterno que no les daríamos nuestros hijos?» Entonces recordaron aquel otro juramento que habían hecho de castigar de muer-

(1) Judic., 20, 12, 48.

te á todo el que no se hubiese presentado ante el Eterno en la asamblea de Masfa. Y hallaron que los moradores de Jabes Galaad, del otro lado del Jordán, no habían enviado á nadie. Resolvieron, pues, exterminarlos á todos, excepto á sus hijas, llevando á Silo hasta cuatrocientas vírgenes. Mandaron mensajeros á los seiscientos fugitivos que se mantenían ocultos en la roca de Remnon, acordándoles la paz, y para prenda de esta las hijas de Jabes. Quedaron, sin embargo, doscientos que no tenían mujeres. Entonces se reunieron los ancianos en consejo. «¿Qué haremos, dijeron, para proporcionarles mujeres á los que les faltan? Pues no podemos darles nuestras hijas, obligados como estamos con el juramento y maldición en que dijimos: Maldito sea el que diere de sus hijas mujer á Benjamin.» Y tomaron esta resolución, y dijeron: «Hé aquí que está cerca la solemnidad anual del Señor en Silo, que está á la parte septentrional de la ciudad de Bethel, y al Oriente del camino que desde Bethel va á Jiguen y al Mediodía de la ciudad de Lebona.» Y dieron orden á los hijos de Benjamin, y dijéronles: «Id y esconded en las viñas, y cuando viéreis salir á las doncellas de Silo á formar sus danzas, según costumbre, salid de repente de las viñas y robad cada uno la suya para mujer, y marchaos á la tierra de Benjamin. Y cuando vinieren sus padres y hermanos, y comenzaren á querellarse contra vosotros y penderos, les diremos: «Tened piedad de ellos, pues no los robaron por derecho de guerra ni como vencedores, sino que después de haberlos suplicado que se las diérais, se las negásteis, y así la culpa está en vosotros.» Y los hijos de Benjamin lo hicieron como se les había mandado, y conforme á su número robaron de las que danzaban cada uno una mujer para sí, y fueron á su tierra, y edificando ciudades, habitaron en ellas. Los hijos de Israel se volvieron también á sus tiendas por tribus y por familias... (1).

Horror espontáneo del crimen, celo ardiente de justicia, sentimiento profundo de religión, presunción en sus propias fuerzas, abuso de la victoria, sentimiento humanitario por el culto

(1) Judic., 21, 1, 24.



de Dios, verdadero pesar hacía los vencidos, respeto extremo al juramento, esfuerzo para reparar el mal que había hecho traspasando los límites del bien; hé aquí lo que se descubre por entonces en el pueblo de Israel. Es indudable que no todo es perfecto, como tampoco lo es todo para ser imitado; sin embargo, el conjunto es sobradamente digno, sobre todo si se compara con las naciones idólatras, entre quienes el crimen castigado en Israel con el hierro y con el fuego, era adorado en los templos y justificado y celebrado en las escuelas de los filósofos. Esta terrible lección debió hacer, é hizo en efecto, una saludable impresión en todos los espíritus. Jamás Israel tuvo nada parecido que castigar en lo sucesivo. ¿Qué cosa en realidad más propia para mover al arrepentimiento de la más pequeña falta, que el encadenamiento de las funestas consecuencias que lleva en pos de sí la primera falta? Una mujer se indispone con su marido y toma el partido de irse á la

casa de sus padres. Su marido va á buscarla y se la lleva consigo. Es ultrajada en el camino por algunos miserables, y muere de desesperación. Todo Israel se apresta á las armas para vengar este crimen. La tribu de Benjamin, en vez de entregar á los criminales para que fueran castigados, se interesa por su defensa. Cuarenta mil hombres de las once tribus de Israel son destrozados en dos diferentes combates, por más que pelean por una causa tan justa. La tribu de Benjamin es bien pronto casi destruida. Toda la ciudad de Jabes Galaad es pasada á cuchillo, á excepción de las hijas, por haberse unido al ejército de Israel. Y por último, tienen necesidad de robar á otras jóvenes para reparar las funestas consecuencias de un juramento precipitado. ¡Ah, si una primera falta es así capaz de destruir las ciudades y los reinos, qué destrozo no puede causar la habitual corrupción de los imperios.